

Newsletter de la Comisión para la Prevención de la Violencia Laboral y de Género del CONICET Patagonia Norte

N° 9

JUNIO 2026



Ana Ladio Investigadora Superior (INIBIOMA, CONICET-UNCo)

Es **directora del Grupo de Etnobiología del INIBIOMA (CONICET-UNCo)** desde hace más de veinte años. Referente de la etnobiología y la conservación biocultural en Argentina, su trabajo integra las Ciencias Biológicas y Sociales para estudiar los vínculos entre los seres humanos y su entorno natural, enfocándose en relaciones con plantas, animales, y a nivel de los paisajes de la Patagonia. Además, es **integrante de la Organización para las Mujeres en Ciencia en los países en Desarrollo (OWSD)**, de la **Comisión para la Prevención de la Violencia Laboral y de Género**, y es **Referente Regional y Asesora del Consejo Directivo en materia de género y prevención de la violencia laboral** del CCT Patagonia Norte.

¿Cómo llegaste a la etnobiología y qué fue lo que te atrapó de esta disciplina que pone en diálogo los saberes científicos con los conocimientos de las comunidades?

En mi opinión, mi llegada a la etnobiología no fue un cambio de rumbo, sino una transición de mi mirada como ecóloga a un posicionamiento científico más integrativo e inclusivo. Siempre me gustó estudiar “vínculos” o “interacciones”, inicié mi trayectoria de grado estudiando cómo las flores del amancay aseguraban su reproducción frente a la falta de polinizadores. Durante mi trabajo de campo, en el Cerro Otto, pude advertir, que no solo era un sitio con muchas flores, sino también un lugar que era escenario de incendios y tensiones territoriales. Eso me hizo pensar en que las ciencias ecológicas de las cuales yo formaba parte, estaban omitiendo a la dimensión humana, excluyendo del análisis a los vínculos que la gente construye con su entorno, a las experiencias de vida que generan coexistencia o no con la Naturaleza. Además, con el tiempo, observé una práctica frecuente: muchos estudios ambientales utilizaban la información de baqueanos y pobladores locales para localizar especies o entender comportamientos animales, pero sin el reconocimiento de ese saber en sus trabajos publicados. Era una relación extractiva, donde no se reconocía a la gente del territorio como verdadera productora de conocimiento. Lo que me atrapó de la etnobiología fue la oportunidad de trascender esa forma de hacer ciencia, basada en la interlocución respetuosa y el reconocimiento mutuo.

Recientemente fuiste promovida a Investigadora Superior del CONICET, la categoría más alta de la carrera. Formás parte de una generación de mujeres que está alcanzando estos espacios de máxima jerarquía por primera vez en la historia de la institución. ¿Qué significado tiene para vos en lo personal y qué lectura haces sobre los cambios y desafíos que aún persisten en materia de género en el sistema científico argentino?

En lo personal, este reconocimiento me genera un profundo agradecimiento hacia la Universidad pública y el CONICET, pilares que sostuvieron mi formación como etnobióloga. Además, entiendo este ascenso principalmente como un logro colectivo. Soy parte de una generación de mujeres que ha logrado perforar techos de cristal gracias a luchas previas, pero la situación no es suficiente. No alcanza con que haya más mujeres en los estamentos superiores de la carrera. Se necesitan personas con conciencia de género, que den cuenta que los desafíos para ser científicas no se distribuyen por igual entre mujeres, varones y diversidades. Mi trayectoria no fue una línea recta; fue una carrera de obstáculos marcada por la clase social —siendo la primera generación universitaria de mi familia— y por una maternidad joven que tuve que conciliar con un sistema que, en ese entonces, penalizaba los tiempos de cuidado con límites de edad rígidos. Significó esfuerzo doble, sobre-explotación a veces, cuestionamiento de familiares y amigos por la centralidad que le daba a mi profesión. Por ende, mi trayectoria -que comparto con tantas otras investigadoras-, es la evidencia de que el sistema debe seguir transformándose. Afortunadamente, en el CONICET ha habido cambios muy valiosos en ese sentido, particularmente en el CCT Patagonia Norte se está trabajando precisamente en eso: un plan de igualdad que institucionalice el cuidado y la equidad.



¿Qué te llevó a involucrarte en la gestión de políticas de género y prevención de las violencias, y como fue para vos transitar ese rol institucional de forma paralela a tu labor científica?

Mi quehacer en la disciplina etnobiológica fue el puente natural hacia la gestión de políticas contra la violencia laboral y de género. Mi labor junto a las comunidades locales me permitió comprender que el cuidado mutuo y las redes de contención no son solo conceptos teóricos, sino soluciones vitales frente a la adversidad. Mi experiencia como científica y madre, sumada a situaciones de vulnerabilidad que viví en el trabajo de campo por el solo hecho de ser mujer, decantó paulatinamente en un compromiso activo. Además, la sensación de ser 'sapa de otro pozo' dedicándome a algo diferente respecto a mis colegas de instituto, me permitió identificar las desigualdades existentes en la valoración del conocimiento. Entonces, mi transitar no fue paralelo, sino de doble vía. Entendí que el diálogo de saberes, el consentimiento de las personas, el respeto y el principio de precaución de no ocasionar daño con nuestras investigaciones -pilares de la etnobiología para trabajar éticamente con cualquier comunidad- deben ser también las premisas básicas para la convivencia dentro de cualquier grupo de investigación. Comprendí que la cuestión empieza por casa: no podemos hablar de diálogo de saberes afuera si adentro permitimos relaciones de poder asimétricas o violentas.

Ante el escenario actual de desfinanciamiento y deslegitimación de la ciencia argentina ¿Cómo analizas el impacto diferencial que este repliegue estatal tiene sobre las mujeres, disidencias, y quienes recién inician su camino en la investigación (becarías)?

No voy a ser original al decir que enfrentamos un escenario oscuro, y que este repliegue estatal no afecta a todos por igual. Existe una profunda asimetría en el impacto. Cuando el estado se retira, las brechas de género se profundizan. Las mujeres y disidencias suelen ser quienes sostienen las redes de cuidado y las tareas de gestión que no siempre se ven, pero que mantienen vivo el sistema científico. Sin políticas de permanencia y equidad, corremos el riesgo de un retroceso histórico en la participación de mujeres y diversidades en los espacios de decisión. Por otro lado, el impacto sobre las y los becarios es devastador: no solo se les quitan recursos, se les quita el futuro. Sin ellos, se rompe la cadena de transmisión de conocimientos que tanto nos costó construir. En mi opinión, la respuesta a esta situación no es solo resistir, sino insistir en una ciencia ética, humana y situada. Si logramos que la sociedad vea en la ciencia una herramienta de soberanía y cuidado de la vida -y no solo un gasto-, habremos puesto el primer ladrillo para reconstruir futuros posibles.

¿Qué riesgos ves para la permanencia de estos sectores en un sistema bajo estas condiciones?

El riesgo más grave no es solo presupuestario, sino el desánimo, porque esa falta de horizonte debilita los vínculos: primero entre colegas y, finalmente, con el territorio mismo. Un peligro enorme es perder nuestra presencia en la sociedad; allí donde volcamos los resultados de nuestras investigaciones. Es precisamente en ese intercambio, en el territorio, donde recuperamos el sentido de nuestra labor y la energía necesaria para seguir luchando.

Dado que la etnobiología propone un diálogo entre diferentes campos del saber, ¿Cuáles consideras que son los principales retos para las metodologías interdisciplinarias?

Desde hace décadas, la literatura científica de vanguardia y los organismos multilaterales coinciden en que la transdisciplinariedad no es una opción, sino el único camino para abordar las crisis socioambientales en los territorios. El reto principal en ámbitos académicos como el nuestro es superar la inercia de los modelos tradicionales y entender que la integración de conocimientos no debilita el rigor, sino que lo robustece al dotarlo de relevancia social y pertinencia territorial. Estos desafíos no son solo metodológicos; son, ante todo, conceptuales y éticos. Implican el reto de estudiar los vínculos entre la Naturaleza y la Cultura partiendo de la comprensión de las miradas locales, en lugar de “podar” esa realidad dentro de enfoques científicos cartesianos. Defender la etnobiología que hacemos con el grupo en Patagonia es, en última instancia, defender una ciencia situada y capaz de dialogar con la realidad, que aporta evidencia empírica fundamental tanto de carácter cualitativo como cuantitativo.

